

las circunstancias (hasta ahora no he contado con ninguna), y aunque no existieran, acabaría mi obra. Ante todo, hace falta, por medio de unos cuidados excepcionales, impedir el desastre, que empezará infaliblemente por el pecho. Y hasta ahora el Liceo y la ausencia de sol (me haría falta un calor continuo), lo minan. A veces tengo ganas de ir a mendigar al África. Cuando acabe la Obra, poco me importará morir; al contrario, ¡me hará falta tanto reposo! Pero me interrumpo, pues mi carta, ante el agotamiento de mi alma, empieza a girar entre quejas carnales y sociales, lo cual es nauseabundo. Hasta el viernes. Lo quiere su

STÉPHANE

*A Paul Verlaine*

París, 16 de noviembre de 1885

Mi querido Verlaine:

Le contesto con atraso porque he estado buscando lo que había prestado, un poco por todas partes, de la obra inédita de Villiers. Le adjunto lo poco que poseo.

Pero no tengo noticias precisas sobre este querido y viejo fugitivo: hasta ignoro su dirección; nuestras manos se encuentran, como separadas por la vigilia, a la vuelta de una esquina, cada año, porque Dios existe. Aparte de ello, es puntual en sus citas y el día en que, tanto para los Hombres de Hoy como para los Poetas Malditos, usted quiera encontrarlo en lo de Vanier, con quien está en contacto para la publicación de *Axel*, sé bien que estará a la hora prevista, sin duda alguna. Literariamente, nadie hay más puntual que él; entonces, lo mejor es pedir su dirección a Vanier, por medio de Darzens que hasta ahora lo ha representado ante este gracioso editor.

Si nada de ello resultara, un día, seguramente un miércoles, iré a encontrarme con usted al anochecer; y, conversando, nos vendrán a la memoria unos detalles biográficos que ahora se me escapan; no el estado civil, las fechas, etc., que sólo conoce el hombre en cuestión.

Paso a mí mismo.

Sí, he nacido en París, el 18 de marzo de 1842, en la calle actualmente denominada pasaje Laferrière. Mis familias paterna y materna presentan, desde la Revolución, una serie ininterrumpida de funcionarios en la Administración del Registro; y a pesar de que siempre ocuparon altos cargos, siempre esquivé esta carrera a la cual me destinaron desde los pañales. Encuentro huellas del gusto de empuñar una pluma para otra cosa que registrar, en muchos de mis ancestros, uno, antes, sin duda, de

la creación del Registro, fue Síndico de los Libreros bajo Luis XVI, y su nombre se me apareció al pie del Privilegio del rey puesto al frente de la edición original francesa del *Vathek* de Beckford que hice reimprimir. Otro escribía versos juguetones en el *Almanaque de las Musas y Presentes para las Damas*. Siendo niño, conocí en un viejo interior de burguesía parisiense familiar, al señor Magnien, primo segundo de mi padre, que había publicado un volumen romántico a todo meter llamado *Ángel o demonio*, que reaparece a veces del lado de los más caros en los catálogos de los buquinistas que recibo.

He dicho familia parisiense, de golpe, porque siempre vivieron en París; pero los orígenes son borgoñones, lorenese y aun holandeses.

Siendo muy niño, a los siete años, perdí a mi madre, y fui adorado por una abuela que me crio en seguida; luego pasé por muchas pensiones y liceos de alma lamartiniana, con el secreto deseo de reemplazar, algún día, a Béranger, porque lo había encontrado en casa de unos amigos. Parece que llevarlo a cabo era complicado, pero durante mucho tiempo me entrené escribiendo versos en unos cuadernitos que, si no recuerdo mal, me confiscaron.

Un poeta, y usted lo sabe bien, no puede vivir de su arte, aunque baje varios puntos. Al menos era así cuando llegué a la madurez; y no lo lamento. Aprendí el inglés, simplemente para leer a Poe, y a los veinte años marché a Inglaterra, sobre todo para huir, pero también para aprender la lengua y enseñarla en un rinconcito, tranquilo y sin otro ganapán obligado: estaba recién casado y tenía aprietos.

Hoy, veinte años más tarde y habiendo perdido muchas horas, creo, con tristeza, que hice bien. Es que, aparte algunos fragmentos en prosa y los versos de juventud, más las consecuencias y sus ecos, publicaciones dispersas, cada vez que aparecía una nueva revista literaria, soñaba e intentaba otra cosa, con paciencia de alquimista, dispuesto a sacrificar toda vanidad y satisfacción, como en otros tiempos se quemaban los muebles y las vigas del techo, para alimentar el crisol de la Gran Obra. ¿Qué? Es difícil decirlo: un libro, así por las buenas, en varios tomos, un libro que sea un libro, arquitectónico y premeditado, y no una colección de las inspiraciones del azar, por maravillosas que fueran. Iré más lejos y diré: el Libro, persuadido de que, en el fondo, sólo hay uno, intentado sin saberlo por todos los que escribieron, incluidos los Genios. La explicación órfica de la Tierra, que es el único deber del poeta y el juego literario por excelencia: porque el mismo ritmo del libro entonces impersonal y viviente, hasta en su paginación, se yuxtapone a las ecuaciones de este ensueño u Oda.

He aquí la confesión de mi vicio, puesto al desnudo, querido amigo, que mil veces he rechazado, con el espíritu malherido y extenuado, pero esto me posee y tal vez tenga éxito; no tanto en cuanto hacer la obra en